

MENSAJE DE MONS. EMILIO ARANGUREN ECHEVERRÍA, Obispo de Holguín EN VÍSPERAS DE LA FIESTA DE LA VIRGEN DE LA CARIDAD

6 de Septiembre de 2020- Durante el programa radial por Radio Angulo y Radio Victoria

Queridos hermanos que han sintonizado esta Emisora de Radio Angulo o Radio Victoria, les habla el Obispo de la Iglesia Católica en el territorio de las provincias de Holguín y Las Tunas. Agradezco, una vez más, a los directivos y técnicos de ambas emisoras por la disposición de preparar y transmitir este programa.

Es verdad que nos mantenemos dentro de la difícil experiencia de enfrentar la presencia y proceso de contagio de la Covid-19 en nuestra Patria y, especialmente, en las provincias occidentales, pero este programa, al igual que el del próximo martes 8, tienen como razón especial celebrar la Fiesta de la Virgen de la Caridad del Cobre, Madre y Patrona de Cuba cuya historia, de manera muy breve y haciendo referencia a varios documentos, hemos explicado para conocimiento de los queridos radioescuchas y, también, para ayudarnos a descubrir a todos que la Fiesta de la Caridad -para nosotros los cubanos- no es solamente una fiesta religiosa, sino también una festividad, una celebración, una tradición enraizada -con razón y con derecho- en nuestra cultura, y es parte importante de lo que llamamos "cubanía". Por eso, la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, en cualquier parte del mundo, hace referencia inmediata a Cuba y a los cubanos: ¡es un signo, es un símbolo!

Hoy, las comunidades de la Diócesis se reúnen para celebrar el Domingo, Día del Señor, y también el octavo día de la Novena que tiene un lindo mensaje al reflexionar en lo que nos enseña y transmite la Virgen de la Caridad. Personalmente, como cubano y como católico, considero que de ella, gracias a lo vivido, he recibido un nítido ejemplo y una clara enseñanza para amar, querer y respetar a la Iglesia que peregrina en Cuba, tanto la de décadas y siglos pasados, como la de hoy, de la que formamos parte. Y les explico por qué.

Lo hago dando algunos pasos siguiendo la lectura del texto evangélico que narra la presencia de Jesús en las Bodas de Caná de Galilea, con su Madre María y el primer signo de Jesús en su vida pública, convirtiendo el agua en vino.

Lo primero: María estaba en la fiesta de bodas. La presencia significa estar, compartir, vivir la misma experiencia con los demás. Así ha estado la Iglesia en Cuba a lo largo de 500 años y, por eso, también es Madre.

Lo segundo: María estaba al tanto de lo que estaba viviendo en ese momento en la boda. Por eso se dio cuenta de la necesidad cuando se acabó el vino. También la Iglesia está al tanto de lo que vive el pueblo, porque ella es parte de él, tal como lo pidió Jesús: *"no te pido, Padre, que saques a mis discípulos del mundo, sino que lo conserves en la verdad"* (Jn. 17,15-17)

Lo tercero: María no se queda con los brazos cruzados, sino que hace lo que está a su alcance para remediar la necesidad, en este caso intercede ante su Hijo. Esa es la primera misión de la Iglesia: interceder ante Dios por su pueblo. Es lo que está haciendo ahora mismo, tanto en Cuba como en todo el mundo. Por eso, oramos a Dios y a la Virgen invocando la misericordia de Dios a favor de cuantos sufren y de los más necesitados.

La cuarta acción es que María sabe bien a quién dirigirse para pedir su colaboración: a los sirvientes. Esta es también la sabiduría de la Iglesia cuando motiva, sensibiliza, acompaña a la gente para que abran su corazón generosamente a favor de aquellos que necesitan compañía, consuelo, ánimo, o también, compartir un plato de sopa o un vaso de jugo. El otro día, una anciana me dijo: *"Cuando me empecé a comer el tamal, una vecina me trajo un pedazo de aguacate que me supo a gloria"*. Un lindo ejemplo de cómo el agua se convierte en vino.

Lo quinto -que es muy importante-: ni los novios, ni sus familiares, ni los invitados sabían de dónde había salido el vino nuevo. Esa es la marca de calidad de una acción caritativa evangélica: la discreción.

Por eso Jesús invitó a que una mano no se enterara lo que hacía la otra. Esta actitud ha sido una clave esencial de la acción pastoral de la Iglesia en Cuba a lo largo de cinco siglos. Hoy, hay quienes piensan que la Iglesia no hace nada, o hace poco; o, también, que no habla, que no dice nada o no dice lo que otros quieren que diga. Bien sabemos, hermanos y amigos, que la Iglesia está actuando en sus comunidades a través de pequeños gestos realizados por sus miembros, a veces con las manos vacías, pero con su presencia y generosidad actualiza el amor de Jesucristo, consuela a muchas personas y mantiene en “baño de María” ese calorcito que aviva la Esperanza que tanto nuestro pueblo necesita. Y la Esperanza con mayúscula sólo se experimenta cuando la confianza en el Amor de Dios ocupa un espacio en el corazón de las personas, de las familias y de los pueblos.

Demos gracias a Dios por nuestra Iglesia en Cuba que, al igual que María en Caná, día a día, hace que se renueve el milagro de mantener viva la Esperanza. Gracias a ustedes, queridos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, padres de familia, catequistas, laicos que viven su vocación en el mundo, visitantes de enfermos, voluntarios de Cáritas, jóvenes dispuestos... comunidad fiel que permanece callada y actuante, en nuestras ciudades, pueblos y pequeñas comunidades rurales. Preparémonos para que nuestras celebraciones del martes 8, en honor a la Virgen de la Caridad, sirvan para darle gracias porque Ella nos ayuda a mantener viva en nosotros *“la Esperanza que no defrauda”* (Rom. 5,5)